

**La falsa identidad mestiza en *Ingermina o la hija de Calamar*:
el caso de Ingermina y el enunciado de poder**

Santiago Arango Giraldo
Universidad de Antioquia, Colombia

Resumen: Uno de los temas cruciales sobre los que se desenvuelve la obra *Ingermina o la hija de Calamar* (1844), obra de Juan José Nieto —ambientada en la época de la conquista y colonia de alrededor del siglo XVI—, es la falsa configuración de una identidad mestiza. Esta identidad nos conduce a afirmar un discurso imperial hegemónico ejercido en la literatura colombiana del siglo XIX. A través de dos de los postulados de Walter Mignolo, a saber, la *semiosis colonial* y la *alteridad*, este trabajo pone en evidencia el enunciado de poder subyacente en *Ingermina*, demostrando la aculturación que existe en este personaje.

Palabras clave: *Ingermina*, discurso hegemónico imperial, semiosis colonial, alteridad, aculturación.

**THE FALSE MESTIZO IDENTITY IN *INGERMINA O LA HIJA DE CALAMAR*:
THE CASE OF INGERMINA AND THE POWER STATEMENT**

Abstract: One of the crucial issues on which Juan José Nieto's *Ingermina o la hija de Calamar* (1844) —oeuvre which is settled in the period of the conquest and colony around the 16th century— sets is the false configuration of the mestizo identity. This identity guides to confirm us a hegemonic imperial discourse in the 19th century's Colombian literature. Throughout two Walter Mignolo's concepts, i.e. the *colonial semiosis* and the *otherness*, this paper demonstrates how the power statement that remains in the character of *Ingermina* shows the acculturation on which this character is based.

Keywords: *Ingermina*, hegemonic imperial discourse, colonial semiosis, otherness, acculturation.

Introducción

El fenómeno del Descubrimiento originó toda una serie de problemáticas a nivel mundial. Una de las más destacadas fue la pregunta por el ser. Con el nuevo continente emergió un nuevo pueblo nunca antes concebido por el hombre europeo; este encuentro entre dos mundos cambió el panorama de pensamiento mundial: ni América ni Europa volverían a ser las mismas. En las dinámicas de la época, las potencias europeas conquistaron tanto cuerpo como mente y alma, en un proceso que implicó siglos y grandes procesos socioculturales. En estos fenómenos de cambio gran parte de la tradición indígena americana fue borrada; otra, encubierta, y, finalmente, lo poco que pervivió de su percepción cultural se mezcló con la de los pueblos conquistadores: fueron estas insospechadas amalgamas las que han pervivido hasta nuestros días.

Una vez ratificada la independencia en América la pregunta por el ser reapareció, pero eran ahora los hispanoamericanos en específico quienes se formulaban tal cuestión. Una serie de pensadores se dedicaron a reflexionar sobre tal pregunta: desde las épocas de independencia hasta nuestros días, diversas figuras como Magnus Mörner, Leopoldo Zea o Walter Dignolo, para no hacer un largo sumario de intelectuales, se han dedicado a plantear teorías e, incluso, escuelas al respecto. Entre ellos es destacable el caso de Walter Dignolo, quien llama la atención sobre la necesidad de rescatar y estudiar las posturas del conocimiento indígena desde la alteridad o, en sus palabras, darle a sus producciones culturales «[...] un reconocimiento enfático de la diferencia de lo que tienen» (1992: 30). Es decir, Dignolo plantea entender al «otro» desde la alteridad, una alteridad que se oponga de forma enfática a las posturas planteadas por lo eurocéntrico, mismo eurocentrismo que Enrique Dussel explica como «[...] una ontología dominadora, que individualiza al otro y desconoce la alteridad; y, en este sentido, impide su reconocimiento» (*apud* Pachón Soto, 2008: 30).

Ahora bien, al examinar los postulados planteados por Dignolo surge un interés particular por aplicar su teoría, relacionada enormemente con la alteridad de los sujetos, al espectro literario, con la intención de comprobar hasta qué punto nuestra literatura ha sido influenciada por los planteamientos epistemológicos españoles. En este sentido, la obra *Ingermina o la hija de Calamar* —que, como muchas de las piezas literarias del siglo XIX,

está anclada en la misión civilizadora del Estado— se presenta como instrumento idóneo para aplicar el concepto de semiosis colonial, que puede ser sintetizado como el entendimiento del «otro» desde su diferencia (Mignolo, 1992: 32).¹ En efecto, ese «otro» que el personaje de Ingermina representa en la obra literaria de Nieto se configura como la ausencia de alteridad. Y, en la misma línea de sentido, con referencia al «otro», Edmond Cros afirma que

El Otro auténtico no existe, y al pensamiento no le queda otro recurso que dialogar consigo mismo. Esta ausencia del Otro auténtico, esta vuelta esquizofrénica hacia otro yo, esta pérdida de referencias identificatorias, en una palabra, esta escritura de la incomunicabilidad y de la no representabilidad del Otro deben ser asociados, a mi parecer, a la problemática general del sujeto cultural colonial [...]. (2007: 9)

Grosso modo, el sujeto colonial descrito por Cros es revelado en *Ingermina o la hija de Calamar* al aplicar la semiosis de Mignolo. En consideración con lo anterior, es pertinente aclarar que el sujeto colonial por excelencia debería ser el mezclado, el hibridado, aquel que se ve inserto entre tres mundos: el español, el afro y el indígena; y, desde esta perspectiva, es este el sujeto ausente en la obra de Nieto. Es así que, si se atiende a la definición de identidad mestiza propuesta por William Ospina,² será obvia la aculturación³ de Ingermina.⁴ Ahora bien, Ospina define a la identidad mestiza como «[...] no solo la mezcla de elementos étnicos y culturales ibéricos e indígenas, sino la múltiple convergencia de elementos africanos, de las otras naciones de Europa y la creciente incorporación de tradiciones del resto del mundo [...]» (*apud* Forero Quintero, 2008: 303).

Puntualizando, bajo la premisa de que Ingermina es un personaje que se cobija bajo una «falsa identidad mestiza», es necesario mencionar dos niveles de análisis más: lo

¹ Para Walter Mignolo, la semiosis colonial es el proceso de comprensión de un sujeto que intenta conocer otro individuo o manifestación cultural que le es ajena. Es decir, la semiosis colonial «[...] señala las fracturas, las fronteras y los silencios que caracterizan las acciones comunicativas y las representaciones en situaciones coloniales, al mismo tiempo que revela la precariedad hermenéutica del sujeto que se da por tarea su conocimiento y/o comprensión» (Mignolo, 1992: 32).

² Se ha optado por seleccionar la definición de William Ospina luego de consultar el artículo de Zermeño Padilla (2008), estudio en el cual se brinda un largo recorrido histórico de las significaciones que ha tenido el concepto de mestizaje.

³ La aculturación es un proceso social en donde un sujeto dominante elimina los valores culturales de un sujeto y luego los reemplaza por los propios (Martí Carvajal, 2010: 5).

⁴ Existe una razón fundamental por la cual fue escogida Ingermina y no Catarpa como personaje para ser analizado: el proceso de aculturación del personaje no es conciso sino en la segunda parte de la obra, en donde este solo logra ser doblegado tras muchos esfuerzos por parte de los españoles. Aun siendo Catarpa un aculturado, no es descendiente de una persona de cultura española e indígena, en contraste con Ingermina.

«enunciado» y la «enunciación». En primer lugar, lo «enunciado» corresponde con las versiones oficiales y epistémicamente aprobadas según la tradición académica, es decir, es el nivel del dominio público; ahora bien, la decolonización entra en conflicto con este nivel —pues cuestiona reglas, tiempos, versiones, etc., de lo oficial— (Mignolo: 2010).⁵ Y, en segundo lugar, la «enunciación» corresponde con el nivel anterior a lo enunciado, es decir, es en este nivel en donde todos los discursos coloniales convergen y pugnan por ver cuál se convierte en parte de la versión oficial —lo «enunciado»— (Mignolo: 2010).

Por otro lado, es bajo los niveles de «enunciación» y «enunciado» que existe un patrón insalvable en esta obra de Juan José Nieto: la configuración de la misma se da a través de la negación del estatus humano de ese «otro» como persona; en este sentido, la negación de las formas propias distintas a las del colonizador es marcada. Desde esta perspectiva, se tendrá que entender cómo la posición de poder del español actúa, incesantemente, oprimiendo a ese «otro», que, lejos de ser aceptado, es subyugado. El opresor, que corresponde al elemento hispánico de algunos personajes de la obra, se ve reafirmado en detrimento del «otro», que en este caso es Ingermina —la mestiza—. A través de la narración queda en evidencia constante cómo aquel que es europeo, que es poseedor de un estatus, es aquel quien representa la verdad; mientras que el nativo, consciente de que su misma vida depende de aceptar o no los postulados españoles, decide en últimas someterse a estos. Con la intención de lograr una oportunidad para reivindicar su posición sociocultural, su única función debe ser acercarse a los modos y formas españoles y, por ende, se puede afirmar que la negación del «otro» es rotunda en la obra de Nieto. De este modo, la negación del mestizo en *Ingermina o la hija de Calamar* será examinada a continuación en cinco planos distintos: físico, sexual, cultural, religioso y político-económico.

⁵ Para Mignolo este es el nivel del control de conocimiento.

Plano físico

Hay dos descripciones importantes acerca de Ingermina. En la primera se nos habla de la belleza física de la calamareña con rasgos cualitativos puntuales:

Era Ingermina la joven más bella de su pueblo: su tez casi blanca y sonrosada a que daban realce los rizos de su pelo color de azabache, su talle esbelto, sus maneras graciosas, sus facciones proporcionadas, y unos hermosos ojos negros intérpretes de la alegría y demás prendas de su alma, la hacían la reina de los amores, y el tormento de más de un joven Calamareño que suspiraba por ella sin esperanza. (Nieto, 2011: 60)

Posteriormente, en la segunda descripción que se hace de Ingermina, el narrador la representa de una forma más singular. Este insinúa la particular mezcla de lo indígena, asociado con lo salvaje, en contraste con lo español, que está asociado con lo refinado. De este modo, se hace una exaltación del componente europeo en la belleza física de Ingermina en detrimento del indígena:

Notó además Heredia, la diferencia personal que había entre ella y sus compatriotas: que se aproximaba más a la clase Europea que a la Indígena, y que sus gracias y gentilezas realizadas en gran manera, podían causar orgullo a la más garbosa hija de la risueña Andalucía [...]. (Nieto, 2001: 88)

Elemento en extremo llamativo es que solo el personaje de Ingermina posee una descripción física en toda la obra. En esta misma línea de sentido, puede decirse que las descripciones aquí expuestas tienen directa relación con la representación del falso elemento mestizo americano y el ideario civilizador de la cultura imperial, misma cultura que empieza por mostrar al indígena como hermoso y bello solo para representarlo al final como un personaje europeizado. El proceso es simple: primero, en el nivel «enunciativo», se presenta al indígena —a la mestiza Ingermina— negándosele sus raíces mientras se le convierte meramente en un ser españolizado: el «otro» es negado desde su aspecto. Tal como se puede apreciar, en las descripciones anteriores hay una constante comparación entre el prototipo de belleza europeo y la apariencia física de Ingermina.⁶ Finalmente, la negación implícita del «otro» se vuelve directa cuando en el relato se descubre que, de

⁶ Al respecto de la apariencia física mestiza, el propio autor, Juan José Nieto, realiza un comentario bastante pertinente en la página 88 de la edición consultada.

hecho, Ingermina es hija de españoles, lo cual dirige la negación hacia el nivel de lo «enunciado».

Plano sexual

Ingermina es constantemente acosada por Badillo: su belleza genera y suscita las más desvariadas situaciones. En la obra se aprecia cómo los europeos, españoles en este caso, le niegan a ese «otro» su valor humano, mirándolo solamente como objeto de deseo. Tal como ocurrió, históricamente, con innumerables indígenas en Hispanoamérica, que fueron forzadas sexualmente en contra de su voluntad, a Ingermina se le intenta transgredir su esfera íntima a través de halagos, chantajes y violencia.⁷ Obsérvese, si no, la siguiente situación, en la que Badillo⁸ intenta tomar control de Ingermina:

Después de despejado, quedó pensativo, como quien vacila en tomar una determinación. “Basta de sufrimiento joven temeraria (profirió al fin); tú exiges de mí sacrificios que mi pasión no está dispuesta a conceder por la leve recompensa de una gratitud desierta: tú has de ser el premio de mi generosidad y de mis ansias, o en mi furor, te haré temblar a ti y a cuantos te rodean, ya que mi bondad no basta a que me concedas lo que puedo alcanzar por la fuerza” [...]. (Nieto, 2001: 163)

Tras observar el pasaje anterior se puede concluir que la opresión de Francisco Badillo, el representante de la figura española, ejerce su dominio sobre la sexualidad del «otro» adentro del nivel de lo «enunciado», es decir, de forma directa.

Plano cultural

Hija de Hernán Velásquez y Tálmora, Ingermina termina ejemplificando el fenómeno social de dominación colonial hispanoamericana. El personaje se presenta en la narración como la encarnación del ideario del pueblo del siglo XIX: una incivilizada que ha sido educada y reformada para seguir las instituciones, leyes y usos coloniales. Ingermina se configura como el típico caso del indígena *aculturado* (negación del «otro»): tras haber perdido sus raíces identitarias, Ingermina pasa a mestizar lo que queda de su pertenencia autóctona con las creencias y valores del conquistador:

⁷ Dice el narrador concretamente: «El licenciado Badillo no había separado de su memoria la joven Indiana que tanta admiración le había inspirado, sin dejar de lado el proyecto de obtenerla a cualquier costa [...]» (Nieto, 2001: 145).

⁸ Según la obra de Nieto, el licenciado Francisco Badillo fue enviado con la función de juzgar los supuestos fraudes que se estarían cometiendo en el gobierno de los hermanos Heredia. Posteriormente, el narrador revela que estos fraudes nunca fueron ciertos: los hermanos Heredia no robaron a la Corona.

Ingermina llevaba una educación mucho más sólida, en la que ponía Alonso todo su esmero. Nada se le había aún dado a entender de religión, cuando tantos conciudadanos suyos estaban ya hechos cristianos, y aunque en unión de la familia del Cacique, se le permitía asistir a los ejercicios del templo a que prestaba mucha atención, todo el empeño de Heredia era por entonces instruirla en la lengua española [...] como su gusto se refinaba algo más por las visitas de Heredia y otros jóvenes Castellanos, las maneras casi salvajes de sus conciudadanos le parecían ya inferiores y aun chocantes⁹ [...] unas excelentes disposiciones intelectuales, le hacían progresar maravillosamente en su aprendizaje [...]. (Nieto, 2001: 68)

Como se observa anteriormente, Ingermina es presentada como una *buena* indígena en tanto renuncia a su cultura y se deja instruir en formas extranjeras. El *modus operandi* es siempre el mismo: primero, la presentación bondadosa en el nivel de la «enunciación»; y, luego, en el nivel «enunciado», se reitera la negación del «otro» mediante la asemejación con lo europeo.

Plano religioso

En el espectro místico la presión de la cultura dominante se planteaba como efecto evangelizador de la colonización. Este proceso tuvo su eco en diversas regiones de Hispanoamérica, de entre las cuales el pueblo de Calamar no se escapó: tal como revela la noticia histórica del monje agustiniano que precede el relato de la obra. Los indígenas no solo fueron presionados laboral y culturalmente: sus creencias¹⁰ fueron también marginadas. De este modo, «[...] sin saber de su nueva religión más que las pequeñas prácticas de las que eran testigos; de que resultaba una mezcla bizarra de cristiandad, pues no abandonando los adultos del todo su antigua religión, confundían la adoración de sus ídolos con la verdadera de Dios, que se les quería hacer conocer de un modo tan abstracto» (Nieto, 2001: 67).

⁹ El narrador explica cómo los prolongados contactos con Alonso de Heredia hacían que Ingermina aprendiera con mayor disposición y, adicionalmente, esta «[...] iba amando sin comprenderlo [...]» (Nieto, 2001: 69).

¹⁰ Tal como expresa el narrador: «Se concedió a los Indios todas las libertades compatibles con su nuevo estado, menos la del culto de su idolatría. Sus ministros quedaron confundidos en el pueblo, y se establecieron sacerdotes doctrineros que instruyéndolos, los atrajesen al seno de la religión cristiana; en fin, trasladados los Calamareños a Cartagena, acabaron de convencerse de su nueva condición» (Nieto, 2001: 67).

En un sentido distinto se plantea la interiorización de la fe católica española por parte de Ingermina, cuyo ferviente deseo es convertir a sus familiares, deseo que queda plasmado cuando, tras los consuelos del obispo en la prisión, Ingermina

[...] procuró transmitirlos a su madre y hermano, particularmente a este último, que aún no era cristiano y quería convertirlos, para desterrarle ciertos ímpetus de desesperación, conducido de los cuales intentaba algunas veces atropellar las guardias y salirse. Exhortándolo a la conformidad que en los trabajos comunica la religión de Jesucristo, y que para participe de los mismos bienes que ella, era preciso recibiese las aguas regenerantes del bautismo [...]. (Nieto, 2001: 157)

De esta forma, queda evidenciado cómo la aculturación europea ganó terreno no solo en lo colectivo, sino en las subjetividades individuales de cada ser. En otras palabras, en la descripción del narrador se puede atestiguar la aculturación religiosa, que en este caso es claramente presentada en el nivel «enunciado».

Plano político-económico

La condición de Ingermina es, desde todo punto de vista, la de un ser aculturado a cabalidad. Desde lo económico, el sometimiento de la hija del cacique de Calamar implica una servidumbre de buena disposición: mano de obra atenta a ser gobernada y regida bajo los intereses de la Corona. Asimismo, el carácter que todavía imperaba en el imaginario medieval español se ve satisfecho: un virtuoso caballero que gana un título noble en tierras extranjeras tras venturosa empresa, y que adquiere riqueza y posición social luego de engrandecer el imperio en pro de la fe católica. Estas son las palabras de Alonso de Heredia al adelantado don Pedro de Heredia, su hermano mayor, a quien intenta convencer para que le permita contraer matrimonio con la indiana:

“Yo creo (le dijo al concluir) que esta alianza es de grande utilidad a nuestros mismos proyectos de conquista. Por ella, los indígenas se persuadirán de nuestras saludables intenciones, pues no reparamos en unirnos con sus hijas, como una prueba de que aun siendo colonos no tratamos de humillarlos y oprimirlos; y como mi escogida es una princesa de su tribu, este motivo más, les hará respetar el dominio a que se les ha sometido, porque les parecerá en cierto modo, que sus soberanos tienen alguna influencia en él por estos enlaces. ¡Ojalá, cuando no todos, que muchos de los españoles los celebren! Este sería un medio muy eficaz e insensible, de atraer y conservar más estos naturales en la obediencia”. (Nieto, 2001: 79)

Aunque el amor de Alonso hacia Ingermina aparenta ser genuino en el nivel «enunciativo», ya posteriormente en el nivel «enunciado» las intenciones de Alonso siempre son las de dominio y control. Para bien o para mal, el elemento hispánico en la obra es el que lleva al indígena a la presión y, por consiguiente, a cambios y alteraciones en todos sus aspectos.

Conclusión

En conclusión, se puede afirmar que la representación del personaje de Ingermina, que desde un principio se expone como personaje indígena, digno representante de las raíces autóctonas de su pueblo, no es más que un ardid para enmascarar el ideario eurocentrista de la postura dominadora colonial. Entonces, si bien a nivel «enunciativo» se presenta una constante oposición entre el discurso del indígena y mestizo, representado por Ingermina, y el discurso dominador colonial, representado por los hermanos Heredia, queda demostrado que el discurso vencedor, y por ende el más noble y veraz, es el español.

Ahora bien, de esto se debe realizar una aclaración: según la definición de William Ospina, Ingermina no es un ser mestizo, sino el más vivaz ejemplo del indígena aculturado, que, pese a su mixtura étnica, se encuentra al servicio de una ideología colonial o imperial. Esta conquista ha sido consagrada, en última instancia, en dos planos: el colectivo, donde el predominio material se hace obvio, y el individual, en donde el imaginario de los nativos ha sido suplantado por las perspectivas exportadas de los que han colonizado su patria.

El mestizaje en la obra, finalmente, no es más que una excusa.¹¹ En el nivel que Mignolo denomina «enunciado», se utiliza la aparente presencia del ser mestizo para atraer al indígena y civilizarlo.¹² En conclusión, en la obra *Ingermina o la hija de Calamar* no hay una conciliación con el personaje ni la identidad mestizos; solamente un proceso de aculturación,¹³ revelado en el nivel «enunciado» de los análisis expuestos.

¹¹ En el período colonial el proceso de mestizaje hispanoamericano fue un fenómeno intensamente desarrollado y ampliamente reconocido por la historia; lo que se niega en la presente investigación es la representación de Ingermina como un personaje que personifique la cultura o identidad mestiza.

¹² Recuérdese que en la mayoría de obras del siglo XIX primaba el ideario de civilizar e institucionalizar. Tal como lo expreso Juan José Nieto, en la carta dedicatoria al inicio de la obra, Ingermina está diseñada para mostrar todas las virtudes que Teresa, la segunda esposa del autor, poseía y representaba para el escritor. Véase el «Obsequio A La Señora Teresa Caverro De Nieto» de las páginas 27 a la 28 de la edición consultada.

¹³ En cierta medida, la presente investigación apoyaría la tesis del investigador Enrique Dussel, quien afirma que el proceso de relación semiótica producida en la Hispanoamérica colonial no fue un descubrimiento, sino un encubrimiento del «otro» (que corresponde al indígena y al mestizo). Para un estudio profundo acerca del tema, véase Dussel (1994).

Referencias bibliográficas

- Cros, E. (2007). El sujeto colonial: la no-representabilidad del otro. *Du La Sociocritique d`Edmond Cros*, 1-10. Recuperado de: http://www.sociocritique.fr/IMG/article_PDF/article_21.pdf
- Dussel, E. (1994). *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «Mito de la modernidad»*. La Paz: Plural Editores.
- Forero Quintero, G. (2008). *El mito de la identidad mestiza en la novela histórica de Germán Espinosa*. Medellín: Universidad Externado de Colombia.
- Martí Carvajal, A. J. (2010-2011). Contrapunteo etnológico: el debate aculturación o transculturación, desde Fernando Ortiz hasta nuestros días. *Kálathos: Revista transdisciplinaria Metro-Inter*, 4 (2), 1-22. Recuperado de: http://kalathos.metro.inter.edu/kalathos_mag/publications/archivo9_vol4_no2.pdf
- Mignolo, W. (1992). La Semiosis Colonial. La dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas. En *Fuentes para la historia Colonial de Venezuela*. (29-47). Caracas: Universidad Simón Bolívar; the Ohio State University.
- Mignolo, W (2010). *Estéticas y la opción decolonial*. Trabajo presentado en el congreso Estética decoloniales: sentir, pensar y hacer, Bogotá. Recuperado de: <http://www.youtube.com/watch?v=mqtqtRj5vDA>
- Nieto, J. J. (2001). *Ingermina o la hija de Calamar*. Medellín: Universidad Eafit.
- Pachón Soto, D. (2008). Eurocentrismo, colonialidad del poder y violencia epistémica. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 29 (99), 29-39.
- Zermeño Padilla, G. (2008). Del mestizo al mestizaje: arqueología de un concepto. *Memoria y Sociedad*, 12 (24), 79-95.